

“LETRAS DE MADRUGADA”

Mariángel Pérez López

Mi punto de partida.

La hoja en blanco siempre me da miedo. Parece como si me mirara, impaciente, esperando a que las ideas lleguen a mí y por fin ser atestada con una serie de garabatos que aparecen y se borran, que vuelven a aparecer para irse de nuevo, así una y otra vez se amontonan en mi mente.

Es de madrugada y estoy algo inquieta, seguro la taza de café que bebí me tiene aún sin poder dormir. Siempre me digo que será el último trago de la semana y no puedo cumplir mi promesa. Sé que la cafeína y mi organismo no se llevan bien y aun así no puedo apartarlos.

Además de las imágenes que revolotean en mi cerebro, los perros que ladran a lo lejos, el motor escandaloso de uno que otro carro que pasa por la avenida principal y el sonido de mis dedos veloces golpeando las teclas de la computadora; aquí no pasa nada, en este lugar impera el silencio y así han sido los últimos meses.

Durante todo el día he pensado que si mi vida fuera una historia, la narración estaría detenida, el personaje principal esperaría que en el narrador lo pusiera en marcha, que le presentará aventuras, romances y hasta gente extravagante para convivir. No es que sea aburrida, sino más bien algo rutinaria y a los ojos del lector sería previsible.

No hay por el momento algo digno de contar. Hace tiempo que mi corazón no vibra, no se vuelve locamente feliz y tampoco triste. Vive algunas semanas adelantadas en el calendario, espera ansiosamente los fines de semana y recuerda todas las noches cada una de las ausencias. Necesita, sin duda, un empujoncito de ilusiones. Envuelta en la tranquilidad de la noche, mi mente se agota de pensar, de tratar de colocarme en un punto de esta historia que continua todos los días y de la que a la

vez me siento tan ausente. Escribo desde la madrugada y el sueño casi me vence. La hoja ya no está en blanco.

Nueve letras.

Mariángel es un nombre compuesto. María significa “la elegida” y Ángel, “enviada de Dios”. Esta noche, después de algunos traumas casi superados, pienso con tranquilidad desde la comodidad de mi cama que me gusta el significado.

Afuera llueve y entre las cobijas no dejo de imaginar a mi madre durante madrugada del dos de agosto, día de los ángeles. Seguro estaba contenta pero asustada, sólo tenía veintidós años, seis menos que yo hoy. Me ha contado muy divertida, cómo juntaba nombres y hacía uso de su creatividad hasta que dio en el blanco, su hija recién nacida andaría por la vida con un nombre muy original; Mariángel.

La memoria se me ha alborotado. La mente me regresa a la época de la primaria y recuerdo con mucho desagrado la frase “*Tu nombre es de niño*”. Tampoco es que me ponga sentimental acordándome, pero hasta la fecha se me hace muy incómodo que lo digan. ¿Cómo es que a esa edad pude soportarlo?

En esos años me hubiera gustado tener un nombre más femenino, por eso a tan corta edad decidí recortarlo solamente a “Mary”, aunque en mi casa siempre sería “Ángel” y más tarde, con la adición de nuevos miembros a la familia me bautizarían como “La Prima”, apodo que permanece hasta estos días.

En la adolescencia creí que mi nombre era el más raro y procuraba no decirlo completo a menos que fuera muy importante, pues lo sentía aseñorado, nada adecuado para una, todavía, niñita indisciplinada.

Siempre me sentí diferente y si como dicen que en el nombre llevas la penitencia, entonces la mía era sentirme así. Con el paso del tiempo, sin saberlo, ni planearlo, no seguí la corriente, ni lo que otros querían y eso, a mi modo, lo disfruté.

Fue hasta la mayoría de edad que sentí que “Mariángel” se acoplaba a mí. Era como si esos fonemas inconformes, ahora me representaran en toda mi extensión. ¿Será porque los había escuchado salir de los labios más dulces que hasta entonces he conocido? Tal vez.

Miro afuera y la lluvia ya ha cesado, es hora de que los recuerdos vuelvan al cajón. Mariángel no son sólo nueve letras. Ese nombre es azul, es mar y también el sonido del viento que se escucha cuando todo está en silencio. Sabe a amor incondicional y a trabajo duro. Mariángel es vida.

Más Que Un Concepto.

Seré honesta y diré que esta es la misión más difícil hasta el momento. Lo supe desde que leí el archivo adjunto de mi correo. Siempre me cuesta trabajo hablar sobre mí y ya lo postergué tanto como pude, pero otra vez mis dedos se sienten inquietos y quieren plasmar lo que estos días he pensado.

Lo primero que quiero escribir es que soy Mariángel; mujer, hija, hermana, amiga, prima, nieta y muchos roles más que la vida me ha llevado a desempeñar. He notado que soy a la que llaman para acompañarse en los momentos importantes, celebrar los triunfos y sufrir por las decepciones. A veces tengo tiempo para escuchar a todos y sus problemas están antes que los míos, eso no me molesta hasta que me doy cuenta. Entonces me enojo conmigo misma.

Si le preguntaran a mi familia cómo soy, ellos dirían que soy alegre y mi mamá que soy una intensa. Yo digo que soy un poco de todo. Mi carácter es una mezcla de alegrías, tristezas, miedos y pasiones que se asoman y explotan; convirtiéndome en una mujer que intenta sentir con cada poro de su piel.

Toda la vida me he sentido diferente. Pocas veces logro identificarme plenamente con alguien y aún hoy, me es difícil sentirme comprendida. Las pocas personas con las que he logrado una conexión las conservo como amigos y dejo que conozcan mis pensamientos sin importarme qué dirán.

Crecí abrigada por el amor de mis abuelos que me cuidaban mientras mi madre trabajaba. Nunca fui la clásica niña de barbies, me gustaba más jugar con mi hermano a los coches y a las canicas. Más grandecita me volví algo adicta a los videojuegos y preferí siempre ver los partidos de fútbol que las telenovelas.

Antes de entrar a la secundaria descubrí los libros y pasé noches enteras leyendo historias mucho antes de fabricar las mías. Cuando cumplí quince me fui a la playa y dejé a la familia vestida, alborotada y con ganas de bailar el vals.

A media carrera de Literatura, me enamoré perdidamente de un hombre mayor que yo. Gracias a él descubrí que me gustaba escribir, pero aún no sabía que se me haría oficio. Conocí a mi padre 24 años después, siendo toda una adulta, y causando un shock emocional en mi vida.

Actualmente, paso mis horas entre las letras; escribo y leo mucho y es lo que siempre había querido. Estoy en el lugar que quiero estar y hago lo que me gusta pero sé muy bien que es tiempo seguir adelante y crecer. Intento no pensar casi en el porvenir y lleno mi cabeza de pensamientos banales todo el día. El resultado es una terrible angustia acompañada de migraña por la noche; el futuro me da miedo.

Dicen que la felicidad es una decisión y yo he tomado algunas decisiones equivocadas. Soy feliz a mi manera, pero sé que puedo serlo más. Me gustaría dejar el pasado en su lugar y que no venga una y otra vez a mi mente en las noches frías.

Quisiera alguien con quien compartir los conciertos y que me abrace cuando estoy cansada. Quiero amar sólo a quien me ama y dejar de esperar a alguien que no llegará nunca. Sueño con sentirme plena profesionalmente, seguir mis estudios y asomar los ojos más allá de mi ventana. Me gustaría ser la misma yo que la que habita en mi mente.

Una vez escuché que para que los deseos se cumplan hay que dejar que los escuche el universo, así que es momento de susurrarle al oído, dejarle saber lo que sigue para después y echarle una mano.

Ésta que ves

Siempre, desde niña, me ha dado miedo mirarme en el espejo y ver fijamente mis ojos. El color café y el negro se arremolinan, mezclándose uno con otro hasta llegar a ese punto intermedio completamente oscuro, el cual no tiene fondo.

Mis pupilas se convierten en una ventana a otro universo, es como desprenderme y no saber quién es la que está mirando fijamente a quién; yo miro a la del espejo o viceversa. Eso me aterraba.

Esta noche, después de contemplar y aguantar la mirada a mí misma, me siento un rato ajena a esta cara y al cuerpo, hasta que finalmente me reconozco. “Ésta soy yo”, afirmo. Sé que soy la materialización de muchos pensamientos y sentimientos.

Ya con la mirada puesta en mí, pienso que esa Mariángel que me mira tendría que reprocharme varias cosas, entre ellas la falta de disciplina, las decisiones apresuradas resueltas con pastillas, la tristeza mal expresada, el no saber cómo enfrentar las ansiedades y hasta los litros de cerveza que me he tomado en arrebatos de diversión. Sin duda los kilos de más desaniman a mi reflejo.

Aún con todas estas debilidades, hay partes de mí que sí me agradan. Observo mi cabello; siempre castaño y rebelde. En mi adolescencia fue razón de orgullo y en mi vida adulta una víctima más del estrés. Verlo caer en la regadera, como hojas en otoño, me rompe el corazón y me preocupa. Entonces sé que es momento de relajarme, de descansar un poco y mejor.

Inspecciono mis ojos, que siempre me han gustado. Redondos como dos lunas llenas en medio de mi rostro. Grandes, expresivos y repletos de pestañas largas que maquillo con esmero cuando la ocasión lo amerita. También está mi boca que aunque es pequeñita, tiene los labios en forma de corazón y eso lo compensa todo.

Miro fijamente y noto que mis senos tienen el tamaño justo para agradarme. Pienso que si mi vientre hablara me cuestionaría si algún día será utilizado, preguntaría que si las dudas se han disipado y si es preciso seguir preparándose para dar vida. Yo le contestaría que aún no sé y que tengo claro que el reloj sigue corriendo, pero es un tema que prefiero dejar en manos del destino.

Por último están mis piernas, que aunque son cortas me han llevado por lugares insospechables y decenas de sitios hermosos. Me han ayudado a huir y otras veces - como dice la canción – simplemente “no responden”. Todo depende de las situaciones y las personas con quien me encuentre.

Hoy, ya casi no me da miedo mirarme al espejo. Algunos días, la que piensa, la que se observa y la que escribe se vuelven una sola. A veces llega la aceptación y también se va así de fácil por donde vino.

Palabras hechas tinta.

Hace unos días, platicaba con mi prima y me hizo saber – para mi sorpresa – que mi forma de ser siempre trata de alegrar a los demás. Que aunque estemos pasando un mal momento, yo digo algo para aliviar la tensión y sacar una sonrisa.

Escucharlo para mí fue algo nuevo. Nunca me había visto de esa manera, aunque mi actitud es involuntaria, saberlo me hizo sentir bien. Acompañada de ese pensamiento me fui a la cama, el insoportable frío de la noche me hizo estar despierta más de lo debido; entonces le di vueltas a esa idea debajo de mis cobijas. Tal vez sólo quiera encajar un poco, pensé.

Pues a pesar de la cercanía y la familiaridad, hay gente que no me conoce del todo. He notado que son muy contadas las personas a las que le cuento cómo me siento, son muy pocos quienes saben que detrás de la sonrisa que ya forma parte de mí, se esconden sentimientos más oscuros.

Alejandra, mi madre, es una de las personas expertas en saber si algo pasa más allá de esa barrera de felicidad. Siempre observadora, desarrolló el don de explorar qué hay detrás de mis ojos ansiosos. Es trabajadora social y durante su formación se ha “especializado” en trabajar las fortalezas y el control de las emociones de las personas. Enfoque que me vino muy bien en mi desarrollo.

Cuando tengo ganas de platicar profundamente con alguien y de reflexionar en serio, la busco. Sucede distinto cuando no tengo ganas de decir nada, cuando ni siquiera sé cómo expresar lo que me pasa. Entonces, la evito, pero ella es capaz de hacerme hablar con tan sólo una pregunta: “**¿Cómo te sientes?**”.

Más que una frase, esas palabras son una puerta hacia otro mundo, uno repleto de emociones que a veces no sé ni cómo se llaman. Lo que sucede después es la emoción de sentirme comprendida, tal vez sólo por ese momento, y la esperanza de un cambio.

Brilla estrella.

De nuevo aquí, frente a la hoja en blanco. La noche se adueñó de todo desde hace unas horas y el silencio se hizo en mi pequeña casa. Después de los múltiples pendientes a resolver, es tiempo de hacer sonar de nuevo las teclas de la computadora.

Hace tan sólo un ratito me encontraba en el campo. El aire cálido golpeaba mi rostro y el aroma del pasto llenaba mis pulmones. La vista era impresionante; los volcanes tan cerca, como gigantes vestidos de nieve, me hacían sentir pequeñísima. Mientras tanto, mi mente no dejaba de pensar “Esto lo quiero escribir”.

No sé si sea sobrecarga de trabajo o de plano soy una irresponsable que deja todo al último momento, pero si debo escribir, trato de llegar a mi lugar favorito con los sentidos en calma, aunque tarde tiempo, incluso días. No siempre es fácil, pero cuando lo logro – cuando me siento en armonía y pongo en su lugar a mis pensamientos – me agrada lo que plasmo. Después, llega una calma extraña como si todo lo que se tuviera que decir, ya estuviera dicho, o más bien escrito.

Si alguien – cualquiera - me pregunta cómo es que llegué a esta situación, la respuesta rápida sería que de adolescente amaba leer y que por eso quise estudiar letras. Así, una cosa llevó a la otra y cuando me di cuenta ya escribía hasta por los codos.

Pero, sólo yo sé que la respuesta completa es más enredada. Todo es verdad hasta el momento en que por mi vida se atravesó un hombre; guapo, caballeroso, varonil y libre. Me contaba las historias de los libros que leía como si se tratara de cuentos de hadas, me escribía hermosas palabras que nadie me había dicho nunca y me relataba su afición por la escritura cuando era más joven. Él me animó a escribir.

Lo que comenzó como el proyecto de unas cuantas líneas, se extendió a una misiva de tres hojas, escrita a modo de relato en la que contaba las peripecias que había pasado para redactar la carta; el resultado fue un texto divertido, lleno de referencias y sentimientos.

Al finalizar, leí la carta una y otra vez y me sentí orgullosa, con una especie de alivio de expresar mis emociones por escrito, pero con un hueco en el estómago al imaginarme a aquel hombre leyendo la carta. En fin, pocos días después, el hombre desapareció sin decir nada. La carta nunca llegó a su destino y el bote de basura se llenó de hojas rotas.

La historia pudo terminar ahí, pero decidí que no. Después de muchas lágrimas y traumas de abandono casi superados, escribí otra carta. Esta vez era de enojo, de reproche y sentimientos guardados. Después escribí un cuento de mi amor platónico, un guitarrista rockero que me alborotó las hormonas durante algún tiempo. Amores, desamores, tristezas, alegrías y muchos insomnios pasaron por mi mente y mi lapicero veloz les dio forma de letras.

El tiempo siguió su paso y noté que la libreta se llenó. Supe que más que escribirle a alguien, escribía para mí. Cuando nada podía ser más lindo y tenía todas las horas del mundo para mis garabatos; la universidad terminó. Entonces, tuve ataques de pánico y miedo del futuro. Yo sólo quería escribir.

Y me convencí de eso. Esperé pacientemente hasta que pude entrar a trabajar a un periódico. Estaba en el suplemento semanal sobre cultura y estilo. Mi trabajo era redactar notas ecológicas y recomendaciones de libros; ya con eso me sentía feliz.

Poco a poco me fui encargando de más tareas hasta que prácticamente el suplemento se vestía sólo con mis notas. Tema de portada, cultura, entrevistas a personajes destacados, ecología, recomendaciones y hasta buzón de comentarios eran trabajados y corregidos en mi pequeña computadora. Esas letras servirían para diseñar y formar una bonita y elegante publicación impresa que salía todos los viernes.

Escribir me ha guiado. Tal vez sea mi estrella y la descubrí cuando me volví adulta. Supe que después de un día malo o uno bueno es una forma de calmar mi ansiedad, de entender qué pasa por mi cabeza y darle un orden a toda esa maraña de ideas. También es mi sustento, me ayuda a ganarme la vida. Tal vez no sea mucho, ni me vuelva millonaria pero lo hago con gusto. Me hace sentir afortunada.

Hablar con alguien e imaginar cómo lucirían sus palabras en forma escrita es algo que me pasa con regularidad. Asistir a un concierto, un evento o un lugar nuevo y describir las fibras que tocaron dentro mío o si es que me conmovió, es algo que quiero hacer todo el tiempo.

Actualmente escribo para un portal de internet y aún me enfocó a la cultura. A diferencia de los primeros años en que comencé a trabajar, descubrí cómo darme el tiempo para seguir escribiendo sobre mis sentimientos. Sólo tengo que esperar que llegue la noche y ahí comienza la magia, una que sólo es para mí.

El viento del campo renovó mi inspiración. Me siento animada, quiero continuar escribiendo, pero ya es hora de dormir.

Desde el interior.

Soy católica sin práctica. No voy a misa los domingos, ni confieso a un padre mis pecados. He visto fotos y sé que de pequeña me vistieron de blanco, me llevaron a la iglesia y me bautizaron. Mis padrinos fueron unos señores a los que he visto unas cinco veces en la vida. Así me volví católica.

A los nueve años hice la primera comunión y por primera vez probé la ostia. La catequista nos dijo que nos sentiríamos bien en el momento de comulgar, que algo en nuestro interior sería iluminado y era porque Dios se haría presente en nosotros. Mintió; yo no sentí nada.

A los quince años también fui a misa como agradecimiento, lo mismo que a los 18. Incluso fui madrina de un niño, hijo de un amigo. Nunca me sentí diferente, ni iluminada, mucho menos sentí la paz interior que dijo la señora de las pláticas del bautizo. Siempre era lo mismo.

No es que dude. Sé que hay un ser supremo, pero no es el que me enseñaron en la iglesia, tampoco es el que dice mi abuelita que se enoja si hago algo mal y mucho

menos el que castiga como desquitándose de nuestra falta de fe. En mi caso, hace menos de cuatro años descubrí –por mí cuenta– que es un ser que reconforta.

De niña, antes de dormir tenía que beber un poco de agua, pues imaginaba que si me quedaba con sed, mi espíritu saldría de mi cuerpo en busca de un poco de ese líquido precioso. Vagaría por las calles oscuras y podría ser atrapado por algún gato –según yo, los únicos seres capaces de ver fantasmas y almas de niñas sedientas –entonces corría el riesgo de ya no despertar.

No sé de dónde saqué semejante historia, pero la creía, incluso la conté a todos los miembros de mi familia y los invité, por supuesto, a tomar un vaso con agua antes de dormir. Desde entonces, ya hablaba de mi alma y sentía que había un ser que habitaba más allá de mi propio cuerpo, en el interior. Tal vez sea la razón por la que aún hoy me pongo nerviosa al verme fijamente a un espejo. Pensar que está ahí me emociona de una forma indescriptible.

Cuando ya era toda una adulta tuve un año de resistencia y de aprendizaje; el 2012. Mi perrita murió. Siempre leal, la pequeña Bella se fue una madrugada de febrero y sentí que con ella se fue parte de mi vida. Era más que una mascota y la quise desde que llegó a casa. Catorce años después la despedía en el mismo lugar en el que la recibí.

Aunque parezca absurdo, nunca había muerto alguien tan cercano a mí. Todo lo experimentado fue nuevo y doloroso. Bella cerró sus ojos y ya no los volvió a abrir. No se iluminó su cuerpo, ni flotó su alma sobre nosotros. No pasó nada, más que el sonido de mi llanto, largo y muy amargo.

Algo se rompió dentro de mí, sólo así lo puedo describir. Ese algo hizo que mis ojos no dejaran de llorar y sentía una opresión en el pecho que duró varios días. No lo

podía arreglar y sólo pensaba en lo que pasaría si alguien más muriera, alguien como mi madre o mi hermano; entonces tuve mucho miedo.

“Cuando tú te mueras, tu Bella te ayudará a cruzar el río”, me dijo en una plática mi bisabuela con su cara llena de ternura. ¿Por qué no creerle a esa mujer?, los años le han dado la sabiduría necesaria. Entonces, decidí creer esa vieja leyenda en la que nuestras almas se encontrarían y ella me ayudaría a atravesar al otro mundo. Ya llegará nuestro momento, nos reuniremos nuevamente. Decidí creer y poco a poco mi alma se tranquilizó, pero el miedo no se fue.

Corría el noveno mes del mismo año. Intercambié un mensaje apático con quien fue el amor de mi vida. Siempre dije que las circunstancias se interpusieron en nuestra relación y por eso llevábamos ya un tiempo separados. En mi caso, nunca lo dejé de querer y extrañar, sólo estaba enojada con él, con todos y hasta conmigo. Leyó el mensaje y ya nunca contestó.

Una semana después, por azares del destino me enteré que había tenido un accidente fatal, murió –dicen– instantáneamente. Lo demás fue mucho silencio. Otra vez algo se rompió muy adentro de mí. Lloré, hablé, grité, escribí, bebí, canté pero no era suficiente, no se reparaba. Recordé sus palabras, los momentos buenos y los malos, sus gestos, los lugares que visitamos, sus ojos, sus manos, todo. Me seguía doliendo.

En realidad no pasó tanto tiempo, pero una ocasión, al salir de la oficina caminé por el centro de la ciudad, sin un rumbo fijo. Ya estaba obscuro y llegué a la iglesia por la que pasaba todos los días cuando iba a la universidad. Entré. Todo estaba en silencio y había un olor a madera, cera y flores. Entonces, me senté y hablé en mi mente; recé. Acepté todo y por primera vez mi experiencia en una iglesia cambió. Esta vez sí sentí algo, sentí mucha tranquilidad y paz.

Ya con la mente en calma, noches después soñé a aquel hombre y me dijo en el sueño que no me vería por un tiempo. Desperté y otra vez decidí creer. Elegí creer que hay un más allá y que nos veremos ahí. Sé que su alma ahora está tranquila y que la mía se repara poco a poco, pero se encontrarán en lo que siga después de esta vida.

Todavía, el miedo a perder a las personas que amo sigue latente. Temo que mueran. A veces, aún me angustio con recuerdos, entonces sé que es momento de ir a la iglesia. Nunca le he contado a nadie y voy sola. Rezo a mi manera y sé que alguien me escucha. No le pido nada más que tranquilidad para mi alma.

Despedidas y comienzos.

*“No te rindas, aún estás a tiempo
De alcanzar y comenzar de nuevo,
Aceptar tus sombras,
Enterrar tus miedos,
Liberar el lastre,
Retomar el vuelo.”*
(Mario Benedetti)

Me cuesta creer que pasó tan rápido el tiempo. Recuerdo mis primeras letras para este taller. Pienso en la pasividad con la que describí esa madrugada y el silencio. Me quejaba, como siempre, porque no pasaba nada a mi alrededor, decía que todo estaba tan calmado que sólo se escuchaban mis dedos golpeando las teclas de la computadora. Esta noche no es así.

Hoy escribo desde una habitación que no es la mía. Afuera hay mucho ruido y la televisión está a todo volumen en las caricaturas. Alguien tose y además de la falta de concentración, me siento diferente. Pospuse el momento de mi último ejercicio lo más que pude porque quería sentir con cada fibra estas letras finales. Quería tener una pequeña celebración conmigo misma; escribir y luego tomarme una cerveza. No se pudo.

Desde hace unas semanas hay visitas en casa. No me molesta la gente, ni el ruido, ni compartir mi habitación con todo lo que hay dentro de ella. Incluso estoy feliz porque tal vez todo marche tan bien que por lo menos alguien en esta pequeña familia se comprometa de un momento a otro. Cupido hace de las suyas por estos lugares con mi hermano y su novia, pero yo no sé cómo tomarlo.

Ayer, bajo la ducha me sentí más sola que de costumbre y pensé que tengo que hacer un cambio en mi vida. Me di cuenta, a través de una especie de celos, que nada es de mi propiedad en realidad, y que si quiero que algo cambie yo tengo que comenzar. Y es que no puedo seguir viviendo en mi mente.

Aprovechando estos días de una extraña soledad, hice un repaso y releí las misiones pasadas. Después de 15 ejercicios, de escribir, pensar, recordar, reír y hasta llorar con lo que he plasmado aquí, me di cuenta que no puedo traer de regreso el pasado, pero que sí puedo ver por mí y mi futuro. No sé qué me depara el destino pero tengo la confianza en que será bueno.

Noté que me perdí en el rumbo intentado disfrutar la vida, y dejé “para después” las cosas que en realidad me hacían disfrutar de la vida, como escuchar música a todo volumen, comprar un libro que me tenga secuestrada todo el fin de semana, escribir sólo porque me provocan las palabras, salir a conciertos, platicar con amigos, tomar un café, asistir a una exposición, en fin, darme un tiempo para mí.

Escribí tanto sobre las personas de mi pasado porque siento que regresan siempre como fantasmas cuando todo está muy calmado. Ahora, lo único que quiero es dejarlas en su sitio, al más allá, sin olvidar todo lo que aprendí de ellas. Quiero sentirme ligera desde el interior y dejar el miedo de una vez por todas. Avanzar es la meta.

Veré estas letras finales como un nuevo comienzo. Los cambios que tanto quería ya están aquí, sólo hay que observarlos con mucha atención y dejar que me transformen desde dentro para bien. Quiero ser como cuando tenía 18 años; confiada y con la esperanza de que cualquier cosa puede suceder.

La cerveza del final quedará pendiente para celebrar mi nuevo inicio. ¡Gracias a la vida por permitirme recomenzar!